

Hugo Ernesto Ibarra Ortiz, *Trama y urdimbre de una tradición. Los sarapes de Guadalupe, Zacatecas*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2010, 384 p.

Mariana Terán Fuentes*

Universidad Autónoma de Zacatecas

saber cardar, hilar y teñir la lana, hasta preparar la urdimbre, tejer, y sobre todo saber dibujar y delinear. Preparar la urdimbre no es tarea sencilla porque un telar como el que usan los tejedores para hacer los sarapes tipo gobelino tiene un peine del 45, es decir, por cada cinco centímetros hay 45 hilos de urdimbre, a razón de ocho hilos por centímetro. En un trabajo que mide 1.10 de ancho se tienen que preparar 9,900 hilos de urdimbre. Si se quiere meter tela para varios trabajos se deben tomar medidas con esta cantidad de hilos” (p. 245).

*T*rama y urdimbre de una tradición hace su propio tejido reuniendo hilos de distintas tradiciones para explicar la importancia que a lo largo de más de dos siglos han representado los artesanos textiles en Guadalupe, Zacatecas. Los motivos del autor: pensar las tradiciones desde la historia, conversar con su entorno comunitario, reconocer desde la mirada académica la labor de los artesanos zacatecanos, imaginar la cultura como tramas y urdimbres que producen significados y que así producen al hombre que está, como lo propone el antropólogo norteamericano Clifford Geertz, inserto en esas tramas.

El telar de Hugo Ibarra es la tradición, interpelada como un horizonte vivo, actual, contrastante; la tradición para Ibarra Ortiz no es un conjunto de saberes caducos y anquilados por el paso del tiempo; la tradición y el conjunto de las tradiciones son especie de cadenas en que se van pasando de generación en generación, la experiencia de la vida misma y lo que se hace con ella para su vigencia cultural. En el caso analizado por Ibarra Ortiz, esto puede leerse en un sarape tipo gobelino donde se cruzan la necesidad de sobrevivencia económica de las familias de artesanos de Guadalupe, Zacatecas, su capacidad de vincularse con los mercados local, regional, nacional e internacional,

*marianateranfuentes@yahoo.com.mx

la introducción de la tecnología de los telares, su manejo y aprendizaje, la capacidad de convertir 9,900 hilos en un rostro humano, la mirada de los niños y jóvenes puesta sobre las manos del padre y del abuelo que con sabiduría pasan del dibujo a la tela en una tarea que se debe a la paciencia y a la creatividad de arriesgarse y dejar su huella estética en el tiempo.

Historia y tradición son para Hugo Ibarra en esta investigación lo que la trama y urdimbre para los artesanos textiles. Su investigación rastrea la historia del sarape en México, hace hincapié en la importancia de la tradición textil indígena, en la indudable marca para la identidad nacional del sarape de Saltillo, pero va más allá. México tiene más rostros y vestidos, más hilos que lo visten y también lo caracterizan. La china poblana y el charro mexicano con su sarape saltillense son una parte de lo que los gobiernos posrevolucionarios promocionaron como la identidad mexicana. Los sarapes y textiles elaborados en otros lugares del país nos hablan también de una rica tradición mestiza artesanal. No deja de sorprender la ausencia de investigaciones para el caso zacatecano, dedicadas con método y rigurosidad, al análisis de la tradición textil. Tal vez porque los tengamos tan cerca. El mérito de esta investigación es que desde las entrañas de un hogar de artesanos, Ibarra Ortiz se puso a estudiar su tradición y reconocer su valía.

La investigación se une a un conjunto de trabajos emprendidos por René Amaro Peñaflores sobre la historia social del trabajo en Zacatecas. Esta línea se ve alimentada por las investigaciones realizadas por José Arturo Burciaga bajo el auspicio del Instituto de Desarrollo Artesanal de Zacatecas. Algunas de las simientes que dejó Manuel Miño en *Obrajes y tejedores en la Nueva España* son reconocidas por Hugo Ibarra y René Amaro para explicar la larga duración de la tradición textil en Zacatecas. Por lo menos tres siglos donde se tiene constancia de la presencia de talleres y trapiches. Este conjunto de historiadores ha revisado la estructura organizativa del gremio de artesanos donde el saber se impone como elemento distintivo de la jerarquía: aprendices, oficiales y maestros. La práctica hace al maestro y lo distingue socialmente porque no todos pueden llegar a lograr un sarape tipo gobelino con un rostro humano bien dibujado.

Manuel Miño Grijalva explicó que la presencia de telares sueltos fue aumentando en el paso del siglo XVIII al XIX: de 14 telares en 1781 a 233 en 1801. El dato es revelador. La producción artesanal textil se vio altamente favorecida en el siglo XIX a través de la vinculación con otras ramas de la economía como la ganadería, la agricultura y la minería. El multicitado fragmento que también lo retoma Ibarra Ortiz de Antonio García Salinas y Luis Martinet, propietarios de “La Zacatecana” en 1845, revela la expectativa que en aquel entonces se tenía sobre la industria textil:

No diré que me lastimaba al ver que en casi todos los Departamentos se animaba el espíritu de la industria, sin el cual no puede haber un bienestar seguro para el pueblo y sólo Zacatecas dormía confiado en su riqueza mineral, pero siempre pobre y miserable [...] Pero sí diré que, como especulación, podría traer utilidad una fábrica de lanas en el centro de las fincas que producen, y es donde en su mayor consumo a causa de los fuertes fríos que se padecen (p. 115).

En el siglo XIX como lo muestra Ibarra Ortiz y Amaro Peñaflores, se alentó por parte de los gobiernos en turno, la producción textil en Zacatecas. El corazón para la reproducción fue la Escuela de Artes y Oficios que cumplió con tres objetivos: ser un centro de capacitación para la transmisión de oficios artesanales, ser escuela de primeras letras y un lugar de beneficencia social para combatir el mundo de la vagancia y la ociosidad. La reseña documentada que hace Hugo Ibarra de esta institución ubicada en las instalaciones del convento de Guadalupe, Zacatecas, no deja lugar a dudas sobre la importancia que tuvo para la población y su gobierno. A los franciscanos no les fue nada bien con esta política de desamortización y secularización del siglo XIX, pero para la educación laica representó una nueva plataforma para la reproducción de saberes, la inversión del gobierno estatal para generar recursos a través del trabajo útil, la posibilidad de convertir el problema del ocio y vagabundaje en productividad y competencia. El edificio de la Escuela de Artes y Oficios estaba compuesto por oficinas administrativas, cocina, comedor para 200 estudiantes, biblioteca, un cuarto para 25 internos, enfermería y los espacios redistribuidos para el funcionamiento de los talleres: hojalatería, hilados y tejidos, sastrería, zapatería, encuader-

nación e imprenta. En el taller de hilados y tejidos se producían sarapes, jorongos, frazadas, jergas, alfombras, cobertores, mantillas para caballo, casimires y gabanes.

Este impulso se vio concretado en la diseminación de los oficiales convertidos a maestros que establecieron sus propios talleres lo que les permitió vivir honestamente de su trabajo útil, como lo pretendían las premisas liberal e ilustrada de siglos anteriores. Así, se estableció el artesano Jesús Salmón con la marquetería, quien trabajó distintos tipos de maderas para lograr hacer un magnífico Cristo doliente; la familia Ruelas que trabajaba “en plomos”, es decir, en blanco y negro. En el taller de la familia Ruelas trabajaron otros artesanos como Modesto Chávez, Francisco Salas y José Luis Ibarra.

Hugo Ibarra explica a través de la tradición oral, cómo estas familias fueron hilando sus propias historias considerando la enseñanza de técnicas y manejo de los materiales o la transmisión de cómo hacer dibujos para pasarlos al telar. José Luis Ibarra comenzó con canillas de carrizo, cadejos en el torno; sus inicios fueron saber a cardar lana, hilarla, teñirla. Primero flecos para las capas ruanas, después sarapes y sarapes con dibujos: caballos, chinas poblanas, la virgen de Guadalupe, a tal grado que llegó a ser el maestro, director y diseñador general. Se trató de muestras monumentales con retratos de cuerpo entero.

El trabajo que hizo Hugo Ibarra nos muestra el inicio de una tradición, pero por otra parte, el riesgo de perderla, de que las nuevas generaciones no se involucren en hilos, madejas, colores y telares porque ahora tienen otros horizontes. Las tradiciones también se acaban por la dinámica propia de la vida social y económica de los pueblos. Se acaban pero se emprenden nuevas. Nuestro autor, alerta a esta circunstancia, recuerda que sólo conociendo las tradiciones es posible su valoración. El discurso de nuestras tradiciones no debe servir sólo para patrocinar imágenes turísticas que generen divisas; sino conocimiento profundo, argumentado para la comprensión de nuestra historia.

El telar entrelaza los hilos longitudinales que son la urdimbre y los hilos transversales que componen la trama. 9,900 hilos para un sarape, muchas horas de paciencia frente al telar; los niños mirando cómo se va haciendo cada día un sarape. Si tantos hilos se necesitan para un sarape con retrato, cuántas investigaciones como esta tejidas con seriedad y

rigurosidad se necesitan para tener un retrato de la tradición artesanal en Zacatecas; cuántas horas más se necesitan para tener un retrato de los artesanos de Villa García, de los plateros, de los aguadores, de los aguamieleros, de los herreros, de los cantereros. La historia también debe hilarse muy fino, con paciencia, reconociendo la sabiduría de los maestros, la obra de los oficiales y el entusiasmo de los aprendices.

Rodrigo Laguarda, *La calle de Amberes: la gay street de la ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2011, 103 p.

Víctor M. Ortiz Aguirre*

El Colegio de Michoacán

El presente libro puede ser abordado desde diferentes perspectivas. Pero en cada caso, no deja de ser un trabajo que describe el surgimiento de un espacio, en el panorama urbano, caracterizado por una singularidad: se trata de una calle donde las expresiones comportamentales de la diversidad sexual son abiertamente toleradas. Simplemente por esto vale la pena leer las descripciones que conforman este boceto, hecho mediante algunas pinceladas que dan idea del surgimiento de este espacio insólito, en un país caracterizado por la homofobia y el machismo.

Por una parte deja traslucir una especie de imitación –en tanto que fenómeno característico de muchas especies, entre ellas la nuestra–, ya que sugiere la idea de que la calle de Amberes, ubicada en la colonia Juárez de la capital de México, justo en una colección de cuadras bautizadas como “La Zona Rosa”, emerge como intento de estar a la par de ciudades como San Francisco (con el barrio de el Castro), Nueva York (y su Greenwich Village), Madrid (con La Chueca) o París (con el Marais). Pero por otro lado, también sugiere la idea de que dicha calle se

*vortiz@colmich.edu.mx